

Xavier Sardà

Adiós, muy buenas



Prólogo de Santiago Segura


ESPASA

XAVIER SARDÀ

ADIÓS, MUY BUENAS



© Xavier Sardà, 2019
© Santiago Segura por el prólogo, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

© Fundación Mario Benedetti, por *El jubilado* (página 203)
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 3.857-2019
ISBN: 978-84-670-5532-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Hay sol y sombra y ricos y pobres y hombres y mujeres y niños, y hay unas pocas estatuas modernistas muertas, para muertos ricos. Están los ángeles desolados y una muerte esquelética y alada besando al moribundo, y, casi siempre, dos viejas delgadísimas sentadas en un banco. Las llamaremos «viejas» porque así las refiere el personal del cementerio.

Se dice que aquí se descansa en paz, a pesar de las muecas grotescas de las calaveras sin sedación. Recasens ha visto de todo en sus más de treinta y seis años enterrando. El cementerio es de los pequeños, pero ávido y colmado. Abajo, el mar y sus brisas, con las que danzan aquí los enormes cipreses, y en el cielo, las gaviotas orbitando como drones carnívoros.

—Buenos días...

El sepulturero habla a los difuntos por consideración y con sincero respeto. Los muertos son aquí una inmensa mayoría, y su ausencia percute en memorias y creencias. Cierto que los muertos nada pueden, pero el cementerio es el reino entre tiempos, en el que la realidad centellea anémica ante el despeñadero. Es el piélago en tierra. Recasens les habla en el más concurrido de los soliloquios.

Recasens ha cumplido los cuarenta y seis. Más de veinticinco años como enterrador y responsable del camposanto. Alto, cebado y desgachado, se balancea entre la capacitación y la impasibilidad. Vivo excepcional entre difuntos. Al no tener hijos, y estar rodeado siempre de tanto tránsito y degollina, ha sentido a veces

una cierta desafección a su propia existencia. Como si los nichos, de tenebroso aliento, le exhortasen a hospedarle. Coqueteo de calaveras.

Un oblicuo y mustio sol de octubre juguetea al reflejarse en los acristalados columbarios. Las dos viejas ocupan su banco preferido en esta época del año. Cuando se abre un nicho, parece que a las fauces de la muerte les falte un diente. Sepultura mellada.

Hoy se entierra. Encaramado en la escalera, el joven ayudante de Recasens se encarga de reubicar los restos. Adel sabe que, incluso muertos, molestan los muertos. Hay que enchironar hacia el fondo y a los lados la osamenta, y sacar quizá las sobras de madera. Crujidos hiperrealistas que ignoran trascendencias, evangelios y místicas.

Un entierro es el ingreso definitivo en la oquedad de la nada. En el difunto reciente reverbera todavía su crónica medular, y su corazón de neocadáver se cree aún en apnea transitoria, sin saberse devastado. Ignora el muerto que ha muerto, e ignora que, por muerto, jamás nacerá.

Ya llegan. El brillantísimo coche fúnebre tricoronado acarrea el ataúd Unique, en el que yace doña Consuelo G. I., fallecida de revieja anteayer, a sus noventa y dos años. Decía que todos los minutos hieren, pero solo el último mata.

Doña Consuelo nació en 1920. Fue el año bisiesto en el que se firmó el Tratado de Versalles, se creó la Legión y el Papa canonizó a Juana de Arco. Luego, vino lo que vino en su juventud. Se casó dos veces y enviudó dos veces. Su primer marido mal murió de escarlatina a los pocos meses de contraer matrimonio. El segundo marido —comerciante retriturado hoy en el nicho— fue lo

suficientemente longevo como para darle tres hijos varones.

Doña Consuelo vivió sin apenas privaciones, gracias a las propiedades que heredó de su padre, que era médico rural y numismático. El padre de doña Consuelo sabía bien lo de la demanda, la cantidad acuñada, el estado de conservación y el tipo de metal.

Doña Consuelo vio morir a su hijo mayor (también hoy molido en el nicho abierto). Se mató con una moto con sidecar en un impropio, poco audaz y fatídico adelantamiento en la carretera nacional. El autocar de una orquesta lo arrastró más de cien metros como a un pelele. Ella llevó la desgracia con una especie de aflicción contemplativa, Diazepam Qualigen y mucha lectura. En su escritorio ha quedado la carta manuscrita dedicada a su hijo fallecido:

Querido Luis:

¿Por qué nos hemos hecho esto? Te traje al mundo en el que ya no estás. ¿Por qué piensan que los viejos no sentimos el dolor con la misma exasperación? ¿Por qué nos hemos hecho esto? ¡Dios, qué dolor! ¡Te envidio! Ya no eres. Ya no estás. Quiero desaparecer contigo. Pronto estaré en tu oscuridad y dejaré de envidiarte, y de envidiar a los que descansan sin sangre en las venas ni lágrimas en los ojos ni alma en los tendones. ¿Qué castigo inmerecido podría ser más lacerante? ¿Por qué esta obsesión del destino? Nunca nos gusta lo suficiente vivir. La muerte de un hijo es un terror mil veces imaginado antes de que se convierta en realidad, y, cuando sucede, el dolor supera a cualquier terror supuesto. Tu madre, que te envidia.

Los tres Audis negros desencochan a los hijos, los nietos, las nueras y la hermana de doña Consuelo. Dos muletas entrecruzadas, como de zahorí gigante, anuncian la salida de la anciana monja, a la que aparatosamente ayudan a descender del vehículo. Sor Luciana, hermana de la difunta doña Consuelo, es mujer hombruna y de carácter espinoso. Es carmelita descalza y experta en la transverberación de santa Teresa. Sus sobrinos le piden, a veces, que recite. Ella ignora que luego hay risotadas imitándola:

*Divino Imán en que adoro:
hoy, que tan propicio os miro,
que me animáis la osadía
de poder llamaros mío;
hoy que en unión amorosa
pareció a vuestro cariño,
que si no estabais en mí,
era poco estar conmigo.*

A los pocos minutos, el estilizado Adel, el joven albañil al que Recasens ha apartado de las peleas ilegales de perros, recementa de nuevo el nicho. Sor Luciana reza una Salve con los ojos en blanco y las manos místicamente abiertas a la divinidad:

*Rosa mística, madre de Jesús,
tú eres nuestra esperanza, nuestra fortaleza y nuestro
[consuelo.
Danos desde el cielo tu maternal bendición,
en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Los pequeños intercambian los floreros de los nichos más bajos. Sus madres les riñen abúlicas:

—Niños, ¡ya está bien!, que este no es un sitio para jugar, me parece a mí. Dejad las flores tranquilas.

—¿Son de los muertos?

—Son de los muertos.

—Pero ellos no las ven.

—Eso tú no lo sabes.

—Pero cómo van a ver, si les tienen tapados aquí dentro.

—Bueno, pues por respeto a su familia. No se tocan las flores. Díselo tú.

Uno de los padres repite la admonición distraído.

—Que no se tocan las floooooores.

No se llora a los muertos viejos. Se les certifica emocionalmente bajo mínimos y en silencio. Sentadas en su banco, las dos viejas se santiguan y esparcen migas, formando una nube de gorriones frioleros.

*

En el columbario esquinado, y a parecida altura, están enterrados los Zurita, que, sobre todo él, se llevaban muy mal con la recién sepultada doña Consuelo y, especialmente, con su segundo marido. Más de veinticinco años sin hablarse por una discrepancia política, con trasfondo amoroso. No es fácil contarlo. Zurita era alcalde de la flamante dictadura. Bien, tenemos un alcalde. Luego, tenemos al esposo de la hoy inhumada doña Consuelo, que era un comerciante bien parecido.

El esposo de la recién enterrada doña Consuelo puso un sobre con quinientas pesetas en la mesa del alcalde para conseguir la recalificación de unos terrenos. Un soborno, vamos. El alcalde le dijo que eso era un insulto, y que cómo se atrevía a comprarle. Le amenazó con denun-

ciarlo, y le dijo que él no era de ese tipo de políticos que se venden a la primera de cambio, y que el asunto podía ocasionarle seriecísimos problemas con la justicia. Vamos, que esto no iba a quedar así. Aceptó mil quinientas. Se dice.

Lo que son las cosas y sus desvaríos y los delirios imprevisibles del destino. Un año después de la tropelía del soborno, el marido de la recién enterrada doña Consuelo y la mismísima esposa del tal dicho alcalde Zurita mantuvieron una relación amorosa, dicen las viejas, durante más de un año.

Amantes, sí. La esposa del alcalde sobornado se convierte en amante del sobornador. Un alcalde de la dictadura con cuernos cornigachos, y su esposa, coima del corruptor. Nunca se probó nada, ni se les pilló en lance ni relincho alguno, pero la robustez del rumor acabó etiquetando y timbrando sus crónicas vitales. Se dejaban encontrar, se dice, en la capital comarcal. La gente medio imaginaba a los dos jóvenes y embrujados amantes. Los unos —dicen las viejas—, les medio vieron en un restaurante, sonriendo y musitando.

—Te echo en falta hasta el desmayo. Dios, es un dolor que se siente en el aliento y respirando y en el alma y por dentro. Cierro los ojos y te veo. Da igual la hora del día y de la noche.

—Mi mujer me pregunta que por qué estoy tan pensativo. Solo sé una cosa, y es que estando a tu lado soy más yo... Me siento yo de verdad, como nunca me he sentido. Solo soy en ti.

—Duele verte, es así de sencillo y de complicado. Intento que no me pase. Lo intento. Pero es así. No me des lo que me das... No te me des. No me hables con clemencia ni amabilidad, te lo ruego.

—¿De dónde has sacado esos ojos, si puede saberse?

—Son los normales de una mujer, excepto cuando tú los miras. Por lo que dices, los debes mejorar. Puede que sean más bellos cuando te miran. ¿Qué se yo?

—¿Y no te voy a querer? Dime cómo puedo evitarlo y seguiré el consejo.

Ella, vestida en granate, miró las manos de su amante sabiendo que no podía tocarlas en público. Vio los dedos larguísimos y sus uñas imperfectibles, y su reloj erosionando el vello de la muñeca, y las mangas de la camisa asomando de su elegante americana.

Algunos otros, según dicen, les medio vieron entrando en un hotel, y medio oyeron gritos de placer. Él entró en la carne y en la turbación y en la exaltación. Ambos unidos de pura pasión y enternecimiento. Ella mordía suavemente, goteando lágrimas, y ambos exudaban hasta calar las limpísimas sábanas. Hicieron el amor durante horas, como solo pueden hacerlo los enamorados que malviven relaciones gélidas en sus desquiciados hogares. Seguir pasiones, sin cartografía conocida, nos recuerda que «aventura» significa dejarse llevar por el viento.

Fueron solo unos meses de devaneo, y ambos se sintieron, dicen las viejas, por siempre más imantados. Pero pasaron los años, pasó la vida, y cada uno falleció en su aflicción, su trance y su expiración. Toda su amorosa lascivia y todas sus formas, y sus caderas y sus mejillas y sus labios y su fiereza pectoral, y sus lágrimas y sus ojos y sus cejas expresivas, y sus músculos, y su sistema tegumentario y su genésico palpitante, y su deseo y sus amables palabras... ya han desaparecido. Si están en la nada o en el vacío, resulta difícil de dilucidar. Las dos palabras se disputan nuestro destino, sin aceptarse

mutuamente como sinónimos. Es como si dos abismos recelasen entre ellos. Dos horrores compiten para desollarnos primero.

—Venga, al vacío.

—La nada es su paraíso.

Los dos amantes apasionados yacen cerca, pero cada oveja con su pareja. En los nichos se guardan eternamente las formas. ¿Cuántos difuntos hubiesen deseado otra sepultura? ¿Cuántos la perpetuidad exaltada junto al esqueleto adúlteramente reverenciado? Pocos metros separan el amor irresistible e incontestable del soporífero decoro. Aquí, por dictado de los vivos, se condena a los muertos a mantener las formas, el recato y la compostura.

Cuando estaban vivos, los enamorados proscritos podían robarle instantes eróticos al desespero, y podían parapetarse en breves encuentros vivificadores. Pero ahora, ya en el tedio eterno, si acaso sus huesos se escudriñan errantes en la oscuridad de la nada, para no atinarse jamás.

Si los columbarios fuesen gigantescos tableros de ajedrez... ¡cuánta ficha descolocada para tanto jaque mate!

*

—La lápida ya la pondremos cuando seque el cemento. Las coronas las ataremos con un alambre.

Sepultada la recién llegada, la familia se marcha ralentizando los pasos, muy a la funerala. Sor Luciana (que nunca le perdonó a su hermana doña Consuelo la ingenua cornamenta que llevó) transmigra con enormes dificultades al asiento trasero del Audi, en el que incrusta coleóptera sus muletas. Uno de los niños se lleva

una flor de plástico morada y descolorida. Su madre, anoréxica, se la quita y la tira al suelo.

—¿Qué te ha dicho tu madre de las flores?

—Que son de los muertos...

—Pues eso mismo te digo.

—Pero ahora que hemos dejado a la abuela aquí...

—¿Qué?

—Es amiga de los muertos. ¿No?

—Venga, vamos al coche.

Hasta cruzar la verja, se simula que no hay prisa, por respeto y cortesía, como si los muertos pudiesen ver. Fuera, se recobra el ritmo desatento y resuelto de la vida y se retorna al ordinario desprecio del espacio-tiempo, y de nuevo nuestro cerebro nos narcotiza haciéndonos creer que solo mueren los demás.